

gación de sus ideas: el ensayo; y además, contribuyen decisivamente a la modernización de la técnica de la novelística española⁸.

Entre los recuerdos del primer viaje de Belaúnde a España, salvo una que otra alusión a sus encuentros con Valle-Inclán, no hay referencias de que haya llegado a entablar amistad con Baroja, Maeztu, Azorín, Unamuno u otro miembro de la generación del 98. Sin embargo, existen algunos testimonios bastante interesantes sobre cómo el joven Belaúnde sigue de cerca la actuación pública de los hombres del 98, particularmente de Unamuno. Antes de dejar el Perú, Belaúnde ya conoce a Unamuno a través de su libro *En torno al casticismo* y algunos de sus artículos sobre literatura hispanoamericana que desde 1901 publica en *La Lectura* de Madrid. Llevado justamente por la gran admiración que siente por el maestro de Salamanca, el joven Belaúnde asiste a una de las conferencias que éste pronuncia contra la llamada Ley de Jurisdicciones, hecho que queda grabado en los meandros de su memoria: «Ante el desprestigio de los partidos históricos parecía pues dibujarse ya la influencia militar con su indeclinable lealtad al Rey. Esta situación del ejército explica la famosa ley llamada de jurisdicciones que extendía a la militar los delitos atentatorios de la institución armada. La referida ley suscitó un formidable movimiento de opinión. Se movilizó el propio Costa desde su retiro de Graus para informar ante la Comisión de las Cámaras. Melquíades Alvarez lucía una elocuencia castellaniana y Unamuno fue invitado a dictar una conferencia en el Teatro de la Princesa. Conseguí asistir a ella llevado por mi admiración al paradójico don Miguel. Con su perfil aguileño, la barba corta y su vestimenta de pastor protestante, se extendió en disquisiciones lexicográficas sobre la palabra militarismo, con apuntes aquí y allá, intencionados, pero concluyó desgraciadamente, con asombro del público, con esa frase enigmática: «puede ser que el militarismo salve a España». Yo no podría decir si aquello era ironía o perfilaba ya la esperanza de que fracasadas las fuerzas vivas viniera la solución radical de la fuerza. Don Miguel era un inquietador, un removedor de ideas, y no podía exigírsele la lógica secuencia de una tesis verdadera. En algunos se produjo la impresión de que el Rector de Salamanca había querido esquivar el tema. Sábelo Dios»⁹. Belaúnde alude aquí a la conferencia que Unamuno pronuncia el 25 de febrero de 1906 en el teatro de la Zarzuela en Madrid.

Otro de los fenómenos culturales que puede observar durante su primera estancia en España es el impacto que en los predios literarios de ese país

⁸ Ibid., pp. 262-263.

⁹ Belaúnde, Víctor Andrés: Op. cit., t. I pp. 312-313.

todavía suscita el desarrollo del modernismo, Justo por la época en que llega a Madrid, Rubén Darío (1867-1916), el líder indiscutible del modernismo, ya ejerce una notable influencia tanto en Manuel Machado (1874-1947) y Francisco Villaespesa (1876-1936), como en las primeras obras de Valle-Inclán, Antonio Machado (1875-1939) y Juan Ramón Jiménez (1881-1958), aunque estos últimos se separarían de él antes o después. Frente a los escritores del 98, preocupados básicamente por el estudio del «alma española», los modernistas aparecen como cosmopolistas y torre-marfilistas pues, al igual que Pater y Wilde en Gran Bretaña o los parnasianos en Francia, se dedican a un esteticismo consciente, al Arte como supremo absoluto, a la Belleza como máximo ideal, y a la radical renovación formal de la prosa y poesía, como medios para su consecución. También exaltan la imaginación creativa y la fantasía como opuestas a la observación realista y a los cánones aceptados por la literatura burguesa del siglo XIX¹⁰. Gracias a los estudios de Octavio Paz, hoy sabemos que el esteticismo de los modernistas fue algo más que un simple hedonismo: fue una rebelión contra la presión social y una crítica de la abyecta actualidad latinoamericana¹¹.

A través del poeta peruano José Santos Chocano (1875-1934), que por ese entonces también se encuentra de paso en Madrid, el joven Belaúnde puede conocer a Darío, trabar amistad con el modernista mexicano Amado Nervo (1870-1919) y relacionarse con el mundo literario español, particularmente con aquellos escritores que, como Valle-Inclán y sobre todo Villaespesa, acusan recibo del impacto del modernismo: «Alojado como Chocano en el Hotel Santa Cruz de la calle de Alcalá, durante mi primera estancia en Madrid tuve ocasión de vincularme con los literatos y poetas españoles, íntimos amigos y colegas del poeta peruano. Y así conocí yo a Rubén Darío, creándose entre el maestro y su oscuro admirador peruano un vínculo de simpatía que él reflejó en una significativa dedicatoria de *Prosas Profanas*. Uno de los rasgos geniales de Darío era su bondad y su carácter infantil en contraste con Gómez Carrillo, malicioso, chispeante y lleno de intención, diríase un granuja genial de las letras. Conocí también a Amado Nervo y me sedujo desde entonces su sentido místico y la dulzura de su trato, amistad que debería cultivar de nuevo en Montevideo hasta su muerte. En aquellos animados almuerzos del Hotel Santa Cruz oía a Rubén leer con voz pausada su cordial dedicatoria al nuevo libro de Chocano *Alma América...*»¹². De esas inolvidables reuniones con Chocano, Darío, Nervo y los literatos espa-

¹⁰ Shaw, Donald L.: Op. cit., p. 20.

¹¹ Paz, Octavio: Cuadrivio, 2.ª Edición, Barcelona, Seix Barral, 1991, p. 13.

¹² Belaúnde, Víctor Andrés; Op. cit., t. I, p. 317.

ñoles en el Madrid de comienzos de siglo, Belaúnde recoge esta deliciosa anécdota que vale la pena citar aquí: «Chocano, entre broma y serio, hablaba de su futura candidatura a la presidencia de la República, a veces, de la restauración del Incario. En cierta ocasión le preguntó Rubén: ¿Qué me harás, José Santos, cuando seas Emperador? Te haré Virrey de Guatemala, le repuso Chocano»¹³.

Por último, gracias a Darío, el joven Belaúnde conoce a Valle-Inclán desde la época de su primera estancia en España. Pero en realidad, la amistad entre estos dos escritores sólo cuaja en 1921, cuando Belaúnde, en compañía del historiador peruano Raúl Porras Barrenechea (1897-1960), encuentra a Valle-Inclán en México y permanecen una temporada en el Hotel San Regis: «Mi gran solaz en esos días fueron los diálogos en compañía de Raúl Porras, siempre cordial conmigo a pesar de las diferencias políticas, y con el insigne Valle-Inclán, el más destacado de los invitados intelectuales. Era yo su compañero de mesa en el hotel Regis. Esta circunstancia y mi admiración por el gran novelista, crearon entre nosotros una vinculación hecha de confianza y de simpatía. Valle-Inclán era un monologuista eximio. Nos hablaba de sus preferencias o amores literarios y su concepto del estilo. Irreverente e iconoclasta, no respetaba ni al propio Cervantes. ‘Con más oído, Cervantes habría comenzado el Quijote no diciendo: En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme. Habría suprimido el horrible cuyo, poniendo con más elegancia. En un lugar de la Mancha, del nombre no quiero acordarme’...»¹⁴. En esa oportunidad, Valle-Inclán que ya anda acopiando semblanzas de personajes, detalles de la vida y locuciones que habría de utilizar luego en su *Tirano Banderas* (1926), propone a Belaúnde –cosa que el peruano no aceptó asociarse con él en una gira de conferencias por toda Latinoamérica, partiendo las utilidades¹⁵.

La realidad peruana y el espejo español

¿Cuáles son las huellas que la estancia en la España de comienzos de siglo deja en la cultura y la personalidad de Belaúnde? ¿De qué manera los autores que descubre o termina de conocer durante su periplo español influyen en lo que son sus primeras aproximaciones a la realidad peruana: *La crisis*

¹³ Ibid., t. I, p. 317.

¹⁴ Ibid., t. II, p. 649.

¹⁵ Ibid., t. II, pp. 650-651.

presente (1914) y la serie de artículos reunidos en *Meditaciones peruanas* (1907-1921), sobre todo? ¿Cuál es, en fin, la importancia que el regeneracionismo y el noventayochismo españoles tienen dentro de lo que César Pacheco Vélez llama la etapa del «reformismo demoliberal» de Belaúnde, vale decir, los años que corren entre 1904 y 1925?¹⁶.

Porrás Barrenechea se refiere a este problema en un discurso que pronuncia a comienzos de 1944, durante el homenaje que la Universidad de San Marcos y la Academia Peruana de la Lengua tributan a Belaúnde con motivo de sus 60 años. Al momento de hablar sobre lo que la estadía en la España de comienzos de siglo significa en el desarrollo intelectual y espiritual de Belaúnde, Porrás Barrenechea incide tanto en las enseñanzas del análisis del alma española y la suerte de examen de conciencia de la generación del 98 como en el embrujo de los libros de los regeneracionistas Costa y Macías Picavea, que son los que le ayudan a hallar el camino de sus futuras reflexiones sobre el Perú: «En España recibisteis la influencia de los grandes maestros liberales de entonces –Posadas, Sales y Ferré, Salmerón y Giner de los Ríos–, quienes os dieron, sobre todo este último, no sólo nuevas ideas sino métodos más modernos de enseñanza y de investigación universitarias. En ella hicisteis también esa camaradería intelectual, tan cálida y fácil para vuestro espíritu comunicativo, gracias a esa insólita hermandad de vuestros brazos abiertos que os captan inmediatamente la simpatía y la familiaridad en todos los medios a que llegáis. Allí se inició vuestra íntima fraternidad con Amado Nervo y vuestra cordial relación con Darío, con los Machado, con Manuel Cossío, que os inició en la admiración espectral del Greco, bastante acorde con vuestra tendencia mística, con Valle-Inclán, a quien vimos más tarde en México, con Benavente y los formidables eruditos don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Ramón Menéndez Pidal. Vuestro aprendizaje esencial fue el del análisis del alma española y el aguzado examen de conciencia que la generación del 98 hizo de la historia y del espíritu de su pueblo en las obras de Ganivet, de Unamuno, de Macías Picavea y de Joaquín Costa. En ellas, principalmente en las obras de los dos últimos, en *El Problema nacional* de Macías Picavea y en los libros detonantes de Costa, *Oligarquía y caciquismo* y *Política Quirúrgica*, que os sugestionaron más que los otros, hallasteis el camino de

¹⁶ Pacheco Vélez, César: «Nota introductoria a las Obras Completas de Víctor Andrés Belaúnde», en *Belaúnde, Víctor Andrés: Obras Completas, Tomo I*, Lima, Edición de la Comisión Nacional del Centenario de Víctor Andrés Belaúnde, 1987, p. XI. El segundo período de la vida de Belaúnde, según el mismo Pacheco Vélez, es la etapa del «reformismo socialcristiano».